

Narrativa e historia en la obra de Sálem Hímmich

Federico ARBÓS AYUSO

Profesor Titular de Literatura Árabe Moderna, UCM.
Director del Instituto Cervantes de Casablanca (Marruecos).

El escritor marroquí Sálem Hímmich¹, profesor de Filosofía en la Universidad Mohammed V de Rabat, ha publicado en los últimos veinte años, en árabe y en francés, una decena larga de tratados y ensayos de temas filosóficos, históricos, socio-políticos y de crítica literaria, entre los que se cuentan al menos tres trabajos sobre Ibn Jaldún. Su producción estrictamente literaria, toda ella en árabe y cuyas fechas de publicación van del año 1977 al 2000, está representada hasta ahora por cinco libros de poemas y cinco novelas.

Para mí, sin embargo, era prácticamente un desconocido en el otoño de 1995, cuando recibo una llamada telefónica de Juan Goytisolo en El Cairo, ciudad en la que yo residía por entonces como director del Instituto Cervantes, para proponerme la traducción al castellano de una novela publicada cinco años antes, *Maýnún al-ḥukm*, que había obtenido el Premio de la Crítica de Novela en lengua árabe². El encargo era para Ediciones Libertarias en su colección "al-Quibla", que Goytisolo dirigía, y allí se publicó mi versión al año siguiente³. De Hímmich sólo tenía referencias, a través de reseñas en revistas especializadas, de sus ensayos sobre las formaciones ideológicas en el Islam y sobre el Orientalismo, y de un poemario editado en Beirut, *Libro de aforismos y heridas*. Comencé, naturalmente, a indagar en su bibliografía en esos últimos meses de 1995 y descubrí con cierta sorpresa una ya nutrida lista de publicaciones. En primer lugar, cinco tratados y ensayos, filosóficos y socio-históricos casi todos ellos:

De la formation idéologique en Islam. "Ijtihādât" et Histoire. París, Anthropos, 1981 (2ª ed., revisada y aumentada: Rabat, Éditions Guessous, 1990). Edición árabe: *al-Taškīlât al-îdiwliyya fi l-Islâm. al-Ijtihādât wa-l-Târīj* ("Las formaciones ideológicas en el Islam. Los dictámenes de la jurisprudencia islámica y la Historia"). Rabat, Dâr al-Hilâl al-'Arabiyya, 1988 (2ª ed.: Beirut, Dâr al-Muntajab al-'Arabî, 1993).

Fî naqd al-ḥâya ilâ Marx ("Crítica acerca de la necesidad de recurrir a Marx"). Beirut, Dâr al-Tanwîr, 1983.

Partant d'Ibn Khaldûn, penser la dépression. Rabat, Edino-Anthropos, 1987.

Ma'ahum haytu hum (Ḥiwârât fikriyya) ("Con ellos, dondequiera que estén. Diálogos filosóficos"). Casablanca, Dâr al-Ḥikma, 1987 (2ª ed.: Beirut, Dâr al-Fârâbî, 1988).

¹ El mismo autor insiste en que su apellido es Hímmiṣ y no Húmeṣ, como apareció escrito en la edición árabe (londinense) de su primera novela. En cuanto al nombre propio, en las publicaciones beirutíes figura Sálem, mientras que en las marroquíes, más frecuentemente, aparece Ben Sálem o Bensálem.

² Sálem Hímmiṣ: *Maýnún al-ḥukm*. Londres, Riad El-Rayyes Books, 1990 (Ŷâ'izat al-Nâqid li-l-Riwâya, 1990).

³ Salem Himmich: *El loco del poder* (Presentación de J. Goytisolo. Traducción y Epílogo de F. Arbós). Madrid, Libertarias/Prodhufl, 1996. Col. al-Quibla, 9.

al-Istiṣrâq fî ufuq insidâdihî ("El Orientalismo, horizonte cerrado"). Rabat, Manšûrât al-Maʿyîlis al-Qawmî li-l-Ṭaqâfat al-ʿArabiyya, 1991 (2ª ed.: Beirut, Dâr al-Îfṭihâd, 1992).

Otra novela más, cuya característica más acusada sea quizá un agudo juego de vaivén entre pasado y presente, una peculiar sensación de simultaneidad en el cruce de los tiempos: *Miḥan al-fatâ Zayn Šâma* ("Las fatigas del joven Zein Chama"), publicada por la editorial beirutí Dâr al-Ādâb en 1993.

Y, finalmente, cuatro libros de poemas, uno de los cuales he citado más arriba por su título en español:

Kunnâš iṣ taqûl (Šiʿr kâligrâfi) ("El cuaderno de ¿cómo dices? -Poesía caligráfica-"). Casablanca, Dâr al-Našr al-Magribiyya, 1977.

Tawrat al-šitâʿ wa-l-šayf (Šiʿr kâligrâfi) ("Revolución de invierno y verano. Poesía caligráfica"). Rabat, Manšûrât al-Badîl, 1983.

Kitâb al-ŷurḥ wa-l-ḥikma ("Libro de aforismos y heridas"). Beirut, Dâr al-Ṭalîʿa, 1986 (2ª ed.: 1988). Existe versión francesa del propio autor: *Le livre des fièvres et des sagesse*. Rabat, Éditions Okad, 1992.

Diwân al-intifâd ("Diván de la insurrección"). Beirut-Rabat, Dâr al-Ṭalîʿa, 1994.

En cualquier caso, la lectura y traducción de *Maʿnûn al-ḥukm* alteró en cierta medida mi percepción de El Cairo Viejo. Solía pasear, vagar más bien, en cuanto disponía de un par de horas libres, por la vetusta y hormigueante calle de Al-Muizz Li-Din Allah, desde Bab Zuweila, la puerta meridional de las viejas murallas, hasta Bab El-Futuh, límite septentrional de la medina fortificada de los fatimíes, sin otro objetivo que disfrutar de la sensación o padecer el desasosiego de estar inmerso en un vivísimo final del siglo XX y, simultáneamente, en un solapado y asediante siglo XIV, admirar las mezquitas y las espléndidas construcciones civiles de la época mameluca o mercadear unos pocos minutos en el zoco de Jan El-Jalil. A medida que progresaba en la traducción de la novela, mis pasos se veían forzosamente arrastrados hacia el barrio de Gamaleya, hacia su inmenso mercado al aire libre repleto de ajos, cebollas y aceitunas, donde mujeres y hombres, carros, camionetas y acémilas se mueven y alborotan sin cesar y sin que jamás quede claro si cargan o descargan, si venden o compran. Porque esa apoteosis de los bulbos y el movimiento continuo estaba presidida por la imponente mole de la aljama de al-Ḥâkim, tercer califa de la dinastía fatimí de Egipto y personaje central de *El loco del poder*, edificio que por esos meses se restauraba. Entre maderas de andamio, en una cenefa de hermosa caligrafía árabe que recorre un lateral del pórtico austero y profundo, podía leerse una inscripción recién limpia, recién reconstruida: "*Al-Ḥâkim Bi-Amr Allah, Siervo y Amigo de Dios*". Y porque llego a saber que esa restauración, ante la dejadez o impotencia del gobierno egipcio y de la UNESCO, está costeadada por los *Buhras*, ismailíes que perpetúan hasta nuestros días la vieja Convocatoria fatimí. Desde principios de los años ochenta llegan a El Cairo, regresan a través de los siglos desde la India, Pakistán o Kenia, invaden silenciosa y pacíficamente los alrededores de la mezquita de Al-Ḥâkim, se hacen con las tiendas disponibles en la calle Al-Muizz y en buena parte del barrio de Gamaleya, pagando precios superiores a los establecidos por el mercado inmobiliario de la zona. Era inevitable sentir que la sombra de Al-Ḥâkim el Fatimí volvía a planear sobre la vieja ciudad del Nilo desde los recios alminares de su aljama, bendiciendo lo que tal vez sólo fuera una expansión de pequeños comerciantes, como tantas otras por esa parte

del mundo. Una sombra que habría de atraer años antes, lógicamente, la atención de un escritor como Sálem Himmich, tan interesado en la filosofía y sociología de la historia⁴.

Una vez publicada la versión española de la novela, Himmich pasó fugazmente por El Cairo a finales de 1996, creo recordar. Hablamos por teléfono, concertamos citas, pero desgraciadamente no pudimos encontrarnos. Reintegrado yo a la Universidad Complutense, entre 1997 y 1999 mantuvimos una breve correspondencia epistolar y, por fin, nos conocimos personalmente en febrero del 2000, en Rabat, pues acababa de incorporarme el mes anterior a la dirección del Instituto Cervantes de Casablanca. De inteligencia viva y gran conversador, Sálem Himmich, con su actitud abierta y reposada, propicia desde el primer momento no sólo la comunicación sincera, sino también la amistad, lo que acrecentó mi interés por el escritor. Un escritor incansable y prolífico, que se mueve entre los géneros literarios como pez en el agua. El listado de obras con el que cierro ahora su bibliografía lo atestigua.

De los varios ensayos publicados desde mediados de los noventa, dos de ellos están dedicados de nuevo a la obra de Ibn Jaldún:

An qirâ' Ibn Jaldûn ("Leyendo a Ibn Jaldún"). Beirut, Dâr al-Muntajab al-'Arabî, 1995. Existe versión francesa del autor: *Les lecteurs d'Ibn Khaldoun*. Casablanca, Éd. Afrique-Orient, 2000.

Au pays de nos crises. Essai sur le mal marocain. Casablanca, Éd. Afrique-Orient, 1997. Unos meses después, aunque en el mismo año, se publicó la versión árabe: *Fî l-gummat al-magribiyya* ("Sobre los males de Marruecos"). Tánger, Dâr Širâ', 1997.

al-Jaldûniyya fî daw' falsafat al-târîj ("El jaldunismo a la luz de la filosofía de la historia"). Beirut, Dâr al-Ṭalî'a, 1998.

al-Tarâkum al-salbî wa-l-'ilm al-nâfi' ("La acumulación negativa y el conocimiento útil"). Casablanca, Dâr Ifriqiyyâ al-Šarq, 2001.

al-Frankufûniyya wa-ma'sât "adabinâ" al-firansî ("La francofonía y el drama de "nuestra literatura" en francés"). Rabat, Dâr al-Ma'rifa li-l-Ŷamî', 2001.

Fî ma'rifat al-âjar ("Sobre el conocimiento del otro"). Rabat-Casablanca, Manšûrât al-Zaman, 2001.

En prensa, de inminente aparición, tiene un último ensayo que parece ser una réplica a *L'être et le néant* de J.P. Sartre: *al-Wuŷûd wa-l-ŷadwâ* ("El ser y la dádiva").

Otras tres novelas vienen a sumarse a las dos mencionadas anteriormente:

Un relato cuya acción transcurre a ambos lados del Estrecho, salpicado de palabras en español y con la emigración ilegal y las redes mafiosas como fondo: *Samâsirat al-sarâb* ("Comisionistas de espejismos"). Beirut-Casablanca, al-Markaz al-Ṭaqâfî al-'Arabî, 1996.

Después de los tres estudios sobre Ibn Jaldún, al fin la novela sobre el gran erudito medieval: *al-'Allâma* ("El sapientísimo"). Beirut, Dâr al-Âdâb, 1997 (2ª ed. revisada: Rabat, Maṭba'at al-Ma'ârif al-Ŷadîda, 2001 / Prix du Grand Atlas Maroc 2000 / Ŷâ'izat al-Aṭlas al-Kabîr 2000). Posteriormente, en diciembre de 2002, esta obra ha recibido también el "Premio Naguib Mahfuz", otorgado por la Universidad Americana de El Cairo.

Por otra parte, aparece ahora la traducción francesa de *Maŷnûn al-ḥukm*, bajo el título de *Calife de l'épouvante* (Trad. de M. Saad Eddine El Yamani). Paris, Éd. Le Serpent à

⁴ Véase mi Epílogo a *El loco del poder*, pp. 271-273.

Plumes, 1999; Casablanca, Éd. Afrique-Orient, 2000 (La edición marroquí incluye la "Presentación" de J. Goytisolo y el "Epílogo" de F. Arbós, de la edición española de 1996, traducidos al francés).

Su quinta y, por ahora, última novela: *Fitnat al-ru'ûs wa-l-niswa* ("Rebelión de cabezas y mujeres"). Beirut, Dâr al-Âdâb, 2000.

En cuanto a la poesía, su primera experiencia literaria a fines de los setenta, se publica en la bisagra de los dos siglos la segunda edición de su cuarto libro de poemas, *Dîwân al-intifâd* (Tânger, Dâr Širâ', 2000). Tres años antes, había salido a la calle, en la otra punta del Mediterráneo, su quinto poemario:

Abyât sakantuhâ... wa-ujrà ("Versos habitados y otros poemas"). Beirut-Rabat, Dâr al-Tâlî'a, 1997.

Si nos detenemos a considerar la totalidad de la producción escrita de Himmich, literaria o científica, lo primero que nos llama la atención es la variedad de sus intereses, temas y experiencias. Lo segundo, quizá, una clara estrategia de bilingüismo en sus estudios y ensayos, que en la producción literaria, sin embargo, no se da en absoluto o se insinúa, como mucho, de manera francamente marginal. Afortunadamente, este profesor de Filosofía, habituado al discurso riguroso, nos ahorra las especulaciones sobre tan curioso fenómeno y nos regala, *gratis et amore*, las razones intelectuales y las claves vitales necesarias para entenderlo:

"Mon rapport à la culture, je peux dire qu'il se fonde principalement sur la curiosité et l'effort (...). C'est grâce à eux que j'ai nourri l'ambition de courir alternativement derrière mon triptyque favori (philosophie, histoire et littérature), et donc de m'installer délibérément, pour ce faire, dans la pratique du bilinguisme (...).

Rédigés en arabe et en français, mes objets d'étude (l'Islam "tombé" entre les mains des hommes, le khalidounisme, l'orientalisme, le mal marocain...) illustrent bien mon désir de bilinguisme. Ecrire dans deux langues sur des sujets arabo-islamiques m'a toujours paru un bon procédé dialectique garant d'une certaine vigilance critique.

Cela dit, une précision capitale me concernant reste à faire: si je peux analyser et penser dans deux langues, l'arabe et le français, il n'en est pas de même quand j'écris un poème ou un roman. La raison en est que le premier jet en cette matière et le premier appel d'air se font généralement pour un écrivain dans une seule et unique langue, celle de sa mémoire profonde, de ses rêves et fantasmes et de son for intérieur. Cette langue est pour moi l'arabe, non pas seulement comme lexique, syntaxe, grammaire et langue d'un texte sacré (le Coran), mais aussi comme réceptacle d'une profonde culture séculaire et profane"⁵.

Insistiendo en este aspecto de su producción literaria o de ficción, añade en este mismo artículo algunas consideraciones que tendremos ocasión de recordar y ampliar más adelante:

"Dans l'ordre de mes occupations littéraires, en dépit de sa grande et regrettable baisse d'audience, la poésie me tient encore compagnie. Mes rendez-vous avec elle, comme lecteur ou faiseur, se passent souvent de bon matin ou pendant mes nuits

⁵ "Le désir de bilinguisme", *Magazine littéraire* (Paris), 375, abril 1999, pp. 103-104.

blanches. Je trouve en elle un ferment à mes sublimations et un support spirituel dans ma vie au quotidien. Cependant, depuis une quinzaine d'années, je me sens de plus en plus attiré par le roman, non pas comme écriture intimiste ou bien écriture dépoétisée et chosifiante, mais comme genre total exigeant recherche et réflexion et sollicitant le concours du souffle poétique, ainsi que des formes d'expression scénique et dramaturgique"⁶.

Sobre esta necesaria conjunción de reflexión y búsqueda, de esfuerzo investigador y apertura creativa, volverá a insistir en un coloquio celebrado en Tánger a principios del 2002, en el que yo también participé:

"Mon activité intellectuelle peut paraître variée ou plurale, mais en réalité elle trouve son unité dans la relation causale que je persiste à établir entre la recherche et la création. C'est pourquoi j'accorde un intérêt tout particulier aux oeuvres de Goethe, Nietzsche, Borges, Sartre, Eco et d'autres auteurs qui ont su par une polyvalence heureuse déjouer les risques des spécialisations étriquées et honorer de ce fait la pensée et les aventures de l'esprit"⁷.

Con estas premisas, nada tiene de extraño -como apuntábamos antes- que Himmich eligiera construir su primera novela en torno al califa Abû `Alî Mansûr, *al-Ĥâkim bi-Amr Allâh* de sobrenombre, cuyos rasgos históricos emparentan en grado considerable con los novelescos, con las características de una ficción desahogada. Por ello, el acercamiento al personaje rebasa en mucho la mera intención de escribir una novela histórica: el autor utiliza a fondo las cartas marcadas de las que dispone por su formación universitaria en historia y filosofía para trazar una semblanza en claroscuro del inquietante califa fatimí y su época, pero también para mostrar de manera indirecta el papel que cumplen las diversas tradiciones islámicas como base de legitimación, o de coartada, del discurso del poder y de los comportamientos sociales, tradiciones que en esta época medieval, por otra parte, se movían entre unos límites de ortodoxia y heterodoxia que no se dejaban fácilmente definir. Para iluminar, con procedimientos literarios, expresivos retazos de la filosofía profética y teológica más elaborada del chiísmo, la del ismailismo en general y el ismailismo fatimí, en particular; es decir, supliendo por vía *poética*, en el sentido etimológico del término griego, las carencias y lagunas textuales de ese discurso. Para restaurar, en fin, el lenguaje, los recursos estilísticos y los géneros de la literatura árabe clásica mediante espléndidas recreaciones o agudas y regocijantes parodias.

Sálem Himmich nos ilustra, una vez más, sobre sus intenciones y puntos de partida a través de una ajustada reflexión teórica acerca de su concepto de novela, centrada más concretamente en exponer una serie de cuestiones que, según él, debe plantearse inexcusablemente el novelista árabe de hoy:

"La historia de la novela moderna se nos muestra como un devenir dialéctico que sólo progresa y se enriquece si ensancha continuamente los círculos que la encierran, dinamizando así sus contradicciones y oposiciones. Creo que este hecho puede

⁶ Id., *ibid.*, p. 104.

⁷ En el coloquio organizado por Lola Infante, directora del Instituto Cervantes de Tánger, en colaboración con la Escuela Superior Rey Fahd de Traducción: "El autor y su traductor. Encuentro con Salem Himmich y Federico Arbós en torno a *El loco del poder*". Tánger, 28 de febrero de 2002.

percibirse y entenderse con claridad a partir de Borges, de los escritores del realismo mágico y de los novelistas de la historia-ficción (al-târîj al-mutajayyal).

Precisamente porque me he interesado en estudiar y tratar de comprender la historia de la novela moderna y su crítica, quiero dejar claro que no tengo un concepto determinado y definido, dispuesto para experimentar o aplicar a la escritura de mis novelas. A lo sumo, dejo que la misma práctica seleccione una noción o representación que esté de acuerdo con mi formación personal en filosofía e historia y que incluya factores como la experiencia y el esfuerzo intelectual. Porque estoy convencido de que un trabajo sólido en el género novelístico ha de apoyarse en dos características principales: apertura y libertad (al-infitâh wa-l-ḥurriyya).

La primera característica estaría representada por la capacidad de la novela para admitir otros géneros de expresión literaria, como la poesía en momentos dramáticos y altamente emotivos, algunas formas teatrales o incluso guiones cinematográficos, con sus diálogos y apuntes descriptivos (...). Creo que la otra característica, la libertad, encuentra su máxima expresión en la escritura novelística (...). Es decir, valoro sobre todo la elección que conduce a la novela a ser una escritura de la experiencia total, que navega por el océano de la vida, las cosas y los hechos, que se mueve, por tanto, en la encrucijada y bifurcación de los géneros⁸.

En este denso artículo titulado "Cultura de la novela", añade Himmich líneas más abajo algunas consideraciones o recomendaciones de capital importancia que atañen no sólo a su concepto de la estructura narrativa, sino también a los procedimientos y al bagaje cultural de fondo que han de tenerse en cuenta a la hora de enfrentarse a la escritura de una novela, especialmente del tipo que ha designado anteriormente como de *historia-ficción*:

"Puesto que la ficcionalidad (al-tajyîliyya aw al-mujayâliyya) entra decididamente a saco en la memoria, la fantasía y las actitudes vitales, el novelista tiene que crear personajes de carne y hueso, concederles la existencia que quiera o le convenga, moverlos por el tiempo y el espacio de acuerdo con su visión previa o con los fines que se haya propuesto (...). Pero esa ficcionalidad ha de actuar con una agilidad y un tacto especiales, tiene que salvaguardar culturalmente su credibilidad y eficacia, algo que sólo creo posible realizar mediante la complicidad y la interacción de dos textos que, a mi entender, pertenecen a la clase de textos más estimulante y fecunda: el texto filosófico y el texto histórico-tradicional (al-naṣṣ al-turâṭî / al-târîjî)"⁹.

Himmich entiende el *turâṭ* en el sentido amplio de patrimonio cultural árabe, de legado histórico-cultural que abarca las tradiciones escritas y orales, tanto preislámicas como islámicas. Este discurso se inscribe, para él, en las composiciones o creaciones (*mukawwanât*) fundamentales de la cultura árabe escrita, que incluiría la poesía (*ṣi'r*) desde sus inicios, la narrativa culta (*maqâma*), la literatura de adab y la mística (*al-taṣawwuf*), así como lo que se ha convenido en llamar ciencias tradicionales (*al-'ulûm al-naqliyya*) y ciencias racionales o especulativas (*al-'ulûm al-aqliyya*). A ello habría que añadir toda expresión artística relacionada con la literatura oral (*al-adab al-ṣafawî*) o con

⁸ "Taḳâfat al-riwâya", *Muqaddimât. Al-Maḳallat al-Magâribiyya li-l-kitâb* (Casablanca), 13, 1998, pp. 126-138. La cita figura en la página 131.

⁹ "Taḳâfat al-riwâya", p. 131.

las realizaciones manuales en arquitectura y procedimientos decorativos, caligrafía, etc. En consecuencia, defiende la absoluta necesidad de que exista un sólido vínculo entre este *turât* y el novelista árabe actual, porque este patrimonio cultural, bien de manera sectorial o en sus principales manifestaciones, ha de ser el ámbito natural de su formación lingüística e intelectual, de su memoria, el punto de referencia para su personalidad, la definición de su presencia en el mundo como escritor. Advierte que quien no sea consciente de ese vínculo puede dejarse arrastrar a una "novedad" (*hadâta*) vacilante o borrosa, a un viaje subjetivista en la escritura, por caer en el error de considerar muerto e inútil ese *turât* y pensar que lo vital, "la vida" (*al-ma'îš*), en la producción literaria sólo puede encerrarse en el crisol del presente más actual:

"Creo que todo es turât, es decir, historia: incluso nuestra producción actual se convierte en patrimonio, en legado cultural, al cabo de un cierto tiempo. Como toda secuencia histórica, en los vuelcos del tiempo, en la transformación de situaciones y condiciones dadas, este patrimonio se enfrenta a un proceso de selección, de duración y permanencia: de entre él sobresalen obras características con una fuerza propia y extraordinaria, cuya influencia atravesará lugares y tiempos, dotadas de un valor de "sincronía" (sânkrûniyâ), de una dimensión cuya esencia y alcance reconoce todo escritor en activo, a saber, una dimensión de "contemporaneidad atemporal" (al-mu'âšara al-lâzamaniyya) en la que se dan cita diversas y brillantes vertientes de creación e innovación, no sólo en relación con la propia cultura, sino también con respecto a culturas de cualquier horizonte o época"¹⁰.

Esa misma dimensión, justamente así definida, es la que atribuye Juan Goytisolo a la primera novela de Sálem Himmich: "El loco del poder (...) constituye una muestra notable de esta "contemporaneidad atemporal". Como Zaini Barakat o las obras capitales de Fuentes y Roa Bastos, no es una novela histórica al uso pese a estar centrada en torno a Al-Hâkim, uno de los monarcas de la dinastía fatimí que reinó en Egipto del 973 al 1171 de nuestra Era y a la que se debe la admirable erección de El Cairo Viejo (...). Los capítulos que integran la obra alternan la crónica y su parodia con relatos más o menos inventados, pero que arraigan siempre, como en las novelas de El Guitani, en la tradición literaria o popular árabe"¹¹. Las menciones de Ýamâl al-Gîţânî y su novela *Al-Zaynî Barakât*, publicada a principios de los años setenta, no son meramente circunstanciales. Goytisolo considera que esta obra del escritor egipcio inaugura en la novela árabe contemporánea una lectura distinta del espacio de la ficción (la ciudad de El Cairo en el caso de al-Gîţânî, pero también en el de Himmîš), "como un mecanismo que engendra su propio pasado, el cual dispone así de la posibilidad de confrontarse con el presente de un modo prácticamente sincrónico", por decirlo en palabras de Iuri Lotman. Y que, además, arraiga su escritura, de manera consciente, selectiva y crítica, en la tradición literaria árabe, especialmente en los textos sufíes y en las crónicas históricas: "La acción de Zaini Barakat se sitúa en Egipto, entre los años 912 y 922 de la Hégira (1507-1517 de nuestra Era), durante el periodo de descomposición del sultanato de los mamelucos y su derrota final frente al invasor

¹⁰ Id., p. 132.

¹¹ En su Presentación de *El loco del poder*, pp. 9-10 y 11-12.

otomano. Sus fuentes históricas son conocidas: algunas, anteriores a los hechos que narra, como la crónica de Al Maqrizi, y otras, contemporáneas de los mismos, como la Historia de Egipto de Ibn Iyâs. El Guitani mezcla en la novela personajes reales, como el que da el título a la obra, con otros productos de su inventiva. Su fidelidad a los sucesos y pormenores de la época no obsta al ejercicio libérrimo de su imaginación¹².

En efecto, son muy similares los procedimientos empleados por Himmich en su novela *El loco del poder*. Al apostillar los veinticinco años de reinado de Al-Hâkim, del 996 al 1021 d.C. (o, mejor dicho, del 386 al 411 de la Hégira, si queremos seguir la cronología marcada en la obra), el novelista utiliza, tanto en las citas introductorias a las diversas partes y capítulos como en los fragmentos de crónicas incluidos en el texto, una meditada selección de la historiografía árabe que abarca desde recopilaciones coetáneas, del siglo XI, hasta historias generales y regionales elaboradas en siglos posteriores. Biógrafos como Ibn al-ÿawzî o Ibn Jallikân, historiadores como al-Ðahabî, Ibn al-'Amîd o Ibn al-Aÿfîr, buenas crónicas locales de Egipto como las de Ibn Iyâs, al-Maqrizî o Ibn Tagribirdî, aportan materiales que el relato de ficción prolonga o contradice, borrando las fronteras entre historiador y narrador. Himmich nos sugiere que ambos cuentan cuentos, mentiras o medias verdades, según les convenga desenmascarar al déspota, ensalzarlo, fabricarle una imagen precisa y de una pieza, ambigua o descaradamente falsa, aunque el narrador, el novelista, tenga la ventaja de poder manipular las crónicas y enriquecer con ellas su inventiva, su visión de las cosas, para llegar a una verdad de la ficción más rica y compleja, vital y contradictoria. El escritor marroquí entreteje así un tapiz de colores vivos, con hilos de fetuas y de aleyas coránicas, con hebras de crónicas y de textos verdaderos o apócrifos atribuidos al califa fatimí y a propagandistas históricos de su Convocatoria. Un tapiz que deja entrever la trama de una época violenta y convulsa, un tiempo en el que coincide el apogeo cultural del mundo arabo-islámico medieval con su fragmentación política, junto a otra trama más profunda: aquella que dibuja la biografía íntima de un monarca enloquecido por la certeza de que su omnipotencia está constantemente amenazada por sus enemigos y parientes, por sus ataques de melancolía y sus deseos inconfesables y ocultos, desatentado por la certidumbre de saberse mortal, a pesar de haber impulsado entre sus adeptos su propia divinización¹³.

En su obra *El sapientísimo (al-'Allâma, 1997)*, el texto se sitúa de modo similar entre la novela y el relato biográfico: la elección de Ibn Jaldûn como personaje novelesco no se justifica sólo por la dedicación investigadora de Himmich a las teorías del gran erudito medieval, sino también por su carga simbólica vinculada a su significado histórico, por encarnar la figura del intelectual y del político preocupado por asuntos de Estado, por las condiciones del poder y su evolución futura. El tiempo de la narración es la última fase de la vida de Ibn Jaldûn, el período egipcio (¡otra vez Egipto!). Como en *El loco del poder*, la inclusión de crónicas, de textos del mismo Ibn Jaldûn y de otros escritores coetáneos, sirven al propósito de construir una auténtica novela sobre dos

¹² Estas reflexiones de Juan Goytisolo pertenecen a un interesante y enjundioso artículo, "Modernidad y tradición en la obra de Gamal El Guitani", que el mismo autor me entregó en 16 folios mecanografiados hace ya varios años. Sé que ha sido publicado, aunque lamento desconocer los datos precisos en el momento de redactar estas páginas.

¹³ Véase mi Epílogo a *El loco del poder*, pp. 274-275.

grandes temas, el amor y el poder, que trascienden tanto al contexto histórico como al personaje real. Pero veamos lo que nos dice el autor:

“(…) puedo aplicar a mi última novela, al-‘Allâma, el mismo comentario que Zakariyyâ Tâmer, Yûsef al-Šârûnî y Juan Goytisolo dedicaron a la primera que escribí, Maÿnûn al-ħukm: que no es una novela histórica en el sentido tradicional del término. En ninguna de las dos baso mi escritura en una exposición lineal que sirva a la cronología ni a la periodicidad histórica usual, y tampoco trato de realizar un emplasto con material histórico alguno. Al abordar ambas obras, sentí la necesidad vital de recurrir a la ficción (al-tajyîl), una aguda conciencia de que debía utilizar la ficción en todos los contextos posibles, o probables, poniendo en práctica técnicas propias de la novela, por una parte, y superando los numerosos huecos y lagunas del texto histórico informativo, por otra. De modo que no son novelas históricas, sino de ficción histórica (al-tajyîl al-târîjî), la expresión de una serie de marcos encajados unos en otros, de vasos comunicantes por donde fluyen tiempos interrelacionados y cruzados, no un único tiempo determinado y lineal, como el de la novela histórica tradicional a la manera de André Maurois o Yûrÿi Zaydân”¹⁴.

La narración de *El loco del poder*, a cuya mera descripción externa voy a limitarme, no avanza, por tanto, de manera lineal hacia un desenlace que, sin embargo, existe, aunque sea un desenlace morosamente prolongado que atañe tanto a personajes concretos como al personaje colectivo, los habitantes de El Cairo, el pueblo egipcio. La figura de Al-Hâkim se aborda desde diversos ángulos, en el ejercicio del poder y en sus decisiones arbitrarias, pero también en sus comportamientos íntimos, en sus dudas y vacilaciones, en su angustia y al mismo tiempo en su prepotencia, en su despotismo. No se traza en modo alguno una biografía intimista, psicológica, a pesar de que haya momentos brillantes en la introspección del personaje: existe siempre una intención coral que enriquece las escenas, que reconstruye el ámbito histórico y social mediante el ejercicio de una ficción literaria sabiamente medida que supera o anula las verdades parciales de las crónicas, de los hechos supuestamente conocidos. La estructura de la novela acompaña rítmicamente esta intención de fragmentación del discurso, ligada paradójicamente a otra intención de síntesis, de recapitulaciones selectivas. Dividida en un Preámbulo y cuatro Partes, el lector se ve forzado a sumergirse en un nuevo contexto sin haber agotado las reflexiones y sensaciones que pueda haberle provocado el inmediatamente anterior, experiencia a la que no es ajena la breve extensión de casi todos los capítulos del relato.

En la mención o recuento de esos capítulos, aparte de una caracterización muy general, tan sólo señalaré con citas más o menos largas los pasajes en los que el novelista reflexiona sobre la historia o, mejor dicho, acomete la defensa de la verdad de la ficción, de su ficción, contra la verdad manipulada de la historia “oficial”. Porque, como dice Juan Goytisolo en la Presentación ya mencionada (pág. 10), “la novela es el reino de la duda: a las pretensiones de una historia basada de ordinario en leyendas y hechos fantásticos, la novela opone la verdad de la imaginación creadora y la honradez de una actuación a descubierto, sin las máscaras del mito elevado a la categoría de verdad dogmática, incontrovertible”. En el entendimiento de que he elegido este tema entre los

¹⁴ “Taqâfat al-riwâya”, p. 134.

muchos motivos y facetas que podrían destacarse en un relato verdaderamente rico y sugerente como es éste.

Las cinco citas de crónicas que abren el *Preámbulo del Humo* (Mudjal al-Dujân) están seleccionadas con la clara intención de presentar desde el principio una imagen ambigua, ambivalente, de Al-Hâkim. De él dice, por ejemplo, Sebṭ Ibn al-Ŷawzî en *Espejo del Tiempo*: “Su actitud como califa oscilaba entre los polos opuestos del valor y osadía y de la pusilanimidad y cobardía, entre el amor por la ciencia y el castigo a los sabios, entre la inclinación a la piedad y el asesinato de hombres piadosos”. Y, en su *Historia del Islam*, añade al-Hâfêz al-Dahabî: “Era indulgente y magnánimo, maligno y engañoso, de creencias abyectas, sanguinario”. El primer capítulo de este Preámbulo, titulado simplemente “Es” (Huwa), enunciado que inaugura casi todos los párrafos, consiste en un retrato impresionista en cuatro páginas del carácter del califa, de las líneas de su biografía y de su relación con el círculo de sus Apóstoles o propagandistas, entre los que destaca Ismail el Druso. La frase “Es: Aquél a quien divinizaron sus propagandistas, asegurando que la revelación de la Aleya décima de la Sura del Humo había profetizado su aparición”¹⁵, da paso al título del capítulo segundo, “Yo soy el Humo Visible” (Anâ al-Dujân al-Mubîn), un expresivo texto apócrifo que Himmich hace plausible mediante el recurso de considerarlo como fragmentos de un discurso oral de Al-Hâkim, conservados y ordenados por sus discípulos. Aquí tenemos la primera referencia a la historia, en la percepción iluminada que de ella tiene -que Himmich le atribuye- el califa fatimí:

“La historia no abre sus archivos y oídos más que ante las noticias y situaciones graves que tengan la capacidad de zarandearla y desgarrar sus dimensiones.

La historia sólo recuerda a quien ha dejado en ella una impronta y se ha opuesto a su deslealtad con lealtad. De natural depravado, ama a quien quiebra su tedio y sus tradiciones y desbarata el sueño de sus alcobas.

¡Por ello, os juro que la historia me dará la razón!”¹⁶.

El título de la Primera Parte insiste en la imagen bifronte del monarca fatimí: *Del terror y la atracción en los rasgos de Al-Hâkim* (Min ṭal’ât al-Hâkim fi-l-targîb wa-l-tarhîb). Los párrafos del primer capítulo, “Sobre los edictos de órdenes y prohibiciones” (An siṭillât al-awâmir wa-l-nawâhî), están escanciados por las frases rituales “en el año quinto del cuarto de siglo de Al-Hâkim”, “al año noveno del cuarto de siglo...”, etc., y ofrecen un extraño y regocijante palimpsesto de texto de ficción y crónicas incrustadas que nos habla de decretos contra perros o contra cantantes y astrólogos, sobre la inversión de los horarios y el toque de queda o sobre la inexpugnabilidad de las mujeres, de prohibición de alimentos, de abolición del diezmo y represión de irregularidades, para el sometimiento de las rebeliones armadas o -rizando el rizo- para prohibir el servilismo y la procura de beneficios, junto a edictos doctrinales como el del establecimiento de la verdad mediante la interpretación o el de rehabilitación del credo monoteísta. El capítulo segundo cambia radicalmente de registro y nos regala un agrisado cuento en el mejor estilo erótico y desenfadado de las *Mil y una noches* -Juan Goytisolo dixit-, con el

¹⁵ *Corán*: 44, 10-11: “¡Espera, pues, el día que salga del cielo un humo visible, // que cubrirá a los hombres! Será un castigo doloroso” (Trad. de Julio Cortés: *El Corán*. Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 590-591).

¹⁶ *El loco del poder*, p. 19 (texto árabe, p. 15).

desaforado título de “El esclavo Masud o El instrumento del castigo sodomítico” (al-’ Abd Mas’ûd aw Âlat al-’ iqâb al-liwâtî). Una cita introductoria de Ibn Iyâs, entresacada de su obra *Flores admirables en las vicisitudes de las eras*, nos sumerge en el tono del relato: “Vestido (al-Hâkim) con una aljuba de lana blanca y montado en un burro alto y tordo que atendía por Luna, se paseaba por los zocos de Fustat y El Cairo, ejerciendo por sí mismo el almotacenazgo en la ciudad. A su zaga iba siempre un esclavo negro, largo y corpulento, que llamaban Masud. Si daba con alguien que adulterara el género, ordenaba al esclavo que cometiera con él el pecado nefando, es decir, la sodomía”. Pero cuando el pobre esclavo, aunque bien dotado por la naturaleza, deja de ser útil, nos enfrentamos otra vez con el ocultamiento de la historia, lo que trae como consecuencia el florecimiento de las más diversas leyendas, fomentadas por el mismo poder algunas de ellas:

“Al-Hâkim Bi-Amr Allah prohibió que se hablara de la muerte de Masud, lo que hizo que proliferasen las más diversas historias, tanto en las veladas populares como en los círculos literarios. Uno de los relatos decía que Masud irrumpió en el Consejo del califa con un ataúd bajo el sobaco, clamando: “¡Excelso soberano, no pido amán ni perdón! Si no puedes darme vida, haz que me maten. Aquí está mi ataúd: méteme dentro y húndelo en el vientre de la tierra. Nuestra cita es el día de la Resurrección, no hay más vencedor que Dios”. Condescendiendo con la voluntad del esclavo y aceptando el desafío, Al-Hâkim hizo cumplir su ruego... Otra historia pretendía que los servicios cortesanos habían encargado a una delegación de carniceros de alto rango que hicieran con Masud, hasta que entregara el alma, lo mismo que él había hecho con ellos o sus colegas... Algunos contaban que el esclavo había muerto a consecuencia de una castración desafortunada... En otro cuento se relataba que lo vomitaron las aguas del Nilo y que, tras hacerle la autopsia, los médicos aseguraban que se había suicidado, asestándose cientos de puñaladas”¹⁷.

La Segunda Parte, *En las sentadas de Al-Hâkim* (Fî l-maÿâlis al-hâkimiyya), multiplica las perspectivas de asedio a la figura del califa y continúa recreándose, más si cabe, en la inteligente parodia de prestigiosos géneros de la literatura árabe clásica. Dividida en tres capítulos (42 páginas en total, en la traducción española), el primero de ellos, “Sentado en unguento de violetas” (al-ÿulûs fî duhn al-banafsây), es posiblemente el de mayor carga poética de la novela, dedicado a describir los pensamientos alucinados de Al-Hâkim durante una de sus frecuentes crisis de melancolía “una noche de verano del año trescientos noventa y nueve, a solas en su mirador privado, tras haber seguido el buen consejo de su médico cristiano Ben Nastás de beber vino y sentarse en una jofaina con unguento de violetas para eliminar del cerebro y sus humores la sequedad y aridez”¹⁸. El segundo capítulo, “Sentado en procura de asombro” (al-ÿulûs li-ÿalab al-dahša), recrea con eficacia y habilidad narrativa el anecdotario tradicional sobre los altos dignatarios -califas, sultanes, visires- que presiden a veces las sesiones de los tribunales de justicia o asisten en silencio a ellas, en un evidente ejercicio de propaganda política y exaltación de la propia imagen. Nuestro buen Al-Hâkim, excéntrico

¹⁷ *El loco del poder*, p. 67 (texto árabe, p. 64).

¹⁸ *El loco del poder*, p. 72 (texto árabe, p. 69).

como siempre, garantiza el perdón al reo que consiga asombrarle con su defensa, sus excusas o alegaciones, y en virtud de esa promesa absuelve a matemáticos ilustres, sufies insobornables, viejos traficantes de vino y licores, doncellas enamoradas, ancianas rebeldes. En el juicio contra el poeta Ibn al-Şa`şâ', acusado de pertenecer a la secta de los cármatas, nos encontramos de nuevo con la manipulación de la historia y de los hechos, en una denuncia "sincrónica" o, más bien, "acrónica", de los falsos informes con los que la policía de todo tiempo y lugar trata de justificar sus habituales desafueros:

"Tu comentario sólo me ha maravillado en la parte que está ligada a los fundamentos de la imaginación -dijo el califa-. Tienes que aumentar mi asombro, dejando correr a su capricho tu fantasía en el trance de imaginar tu final a mis manos".

"No puedo imaginarme mi final a tus manos, Señor, más que por una sola y única vía -replicó Ben Al-Saasá con tono firme y resuelto-. En el acta de las dos guardias se registrará lo siguiente: "Considerando que el autor del comentario arriba mencionado ha exagerado en su lectura el fanatismo de los chiítas víctimas de la hoguera; considerando que no existe correspondencia entre sus palabras y el testimonio de los citados; considerando que es un poeta maniqueo (...); considerando que es un poeta que glorifica el poder y lo injuria al mismo tiempo (...); por todo lo cual, la jefatura de las dos guardias -en cumplimiento de su deber y velando por la tranquilidad de los ciudadanos- se atribuye el derecho de detener al poeta y someterlo a interrogatorio, hasta que abra su pecho lleno de secretos...". Y luego de mi desaparición eterna, Señor, el caíd Gayn, jefe de las dos guardias, informará al pueblo mediante una rectificación de este tenor: "Han circulado por el país rumores en los que se dice que el poeta Ben Al-Saasá, a quien habían encarcelado nuestros servicios, ha muerto mientras era torturado por nuestros hombres. En vista de la falsedad de semejante conjetura, nos vemos en la obligación de descorrer el velo de la verdad siguiente: El cadáver del mentado poeta fue descubierto flotando en el Nilo, arrastrado por sus aguas. Tras el examen médico, se confirmó que había muerto cosido a puñaladas, cuando participaba en una pelea junto a un grupo de apóstatas e impíos...".

"¡Me has pasmado, mozo! -exclamó Al-Hákim jubiloso-. ¡Me has dejado estupefacto! Alza el vuelo como un halcón, antes de que tus visiones se hagan realidad en el filo de mi espada (...)"¹⁹.

El último capítulo de esta segunda parte, "Sentado entre sus apóstoles en concilios teológicos" (al-Ûulûs li-l-ilâhiyyât bayna l-du`ât), muy breve, pone en pie una expresiva escenografía de las supuestas sesiones del califa con sus más aventajados propagandistas (Hamza, el Druso, Nariz Rajada, el Tamimí), en las que se debate sobre los perfiles doctrinales del Llamamiento fatimí y se reflexiona acerca de los métodos idóneos para difundir el mensaje de la divinidad de Al-Hákim. Los discursos de los apóstoles, taraceados de poemas que atribuyen a su maestro y señor, rivalizan en adulación y fuego oratorio, pero, como ocurre en otras ocasiones, llega un momento en que el ánimo del califa se quiebra y entra en un delirio febril azuzado por la premonición de su muerte. Momento que aprovechan los discípulos, una vez trasladado Al-Hákim a sus aposentos,

¹⁹ *El loco del poder*, pp. 90-92 (texto árabe, pp. 89-90).

para correr a redactar sus textos amañados y contradictorios: “Al-Hâkim siguió musitando palabras incomprensibles, se tendió luego en el suelo tiritando de fiebre y pidió recado de escribir, para dictar sus últimos mandamientos y disposiciones. Los misioneros se precipitaron a arroparlo con cobertores, convinieron en no atender su petición, y acordaron trasladarlo al alcázar y ponerlo en manos de su médico privado. Y así lo hicieron, antes de perderse cada cual por los valles de la interpretación sobre los relatos y divagaciones que habían oído de labios del califa, antes de elegir a placer los fragmentos cuyas claves y señales habrían de liberar, antes de engolfarse en los dominios de la atracción y el rechazo de las almas”²⁰.

Al entrar en la Tercera Parte, *El selsmo de Abu Racua, Rebelde en nombre de Dios* (Zalzâl Abî Rakwa, al-Tâ'ir bi-smi-l-Lâh), el lector se siente un tanto desorientado. No sólo cambian el escenario y los personajes, sino que varían también la estructura y el ritmo narrativos: la extensión de esta Parte (92 páginas) duplica con creces la de las anteriores y constituye un relato continuo, sin división en capítulos. En clave de juego literario, la intención del autor sea tal vez oponer un modelo de epopeya, de *malhama* “beduina”, a las páginas anteriores, que tienen el sabor de una magistral reelaboración de algunos géneros de la literatura de *adab*, por otra parte perfectamente contemporáneos a la época de Al-Hâkim: las disputas, charlas filosóficas, lecciones o enseñanzas (*muqâbasât*, *muhâdarât*), las crónicas históricas con pretensiones literarias, los “cuadros” narrativos cultos (*maqâmât*) o los cuentos populares urbanos. En efecto, un extraño personaje que se gana el sobrenombre de Al-Tâ'ir Bi-Smi-l-Lâh (“El Rebelde en Nombre de Dios”), claramente contrapuesto al apodo del califa fatimí, Al-Hâkim Bi-Amr Allâh (“El que gobierna por Mandato de Dios”), aparece de pronto en los desmedrados oasis del desierto líbico, como caído del cielo entre la cabila de los Beni Qurra y las tribus vecinas de los Luwata, Mazata y Zeneta, consagradas a la mutua rapiña mediante frecuentes algaras “de las que obtenían el botín necesario para sustentarse dentro de unos límites siempre precarios”. Jeque venerable, presunto descendiente de los omeyyas andalusíes, consigue aglutinar a las tribus con el señuelo de un bien superior y una meta más alta que la mera supervivencia: apoderarse de la ciudad de El Cairo y destruir el Estado fatimí, causa y origen de todos sus males y penurias. El altísimo tono oratorio utilizado, los agudos discursos y debates de los nómadas, las ristas de poemas intercaladas en el texto narrativo, apuntan a la fina parodia de uno de los tópicos más tozudamente mantenidos en la cultura árabe, como es el valor de la oratoria y la poesía para los beduinos de los desiertos, páramos y estepas, y el aprecio que hacen de esas artes. Paralelamente, la descripción de los preparativos bélicos, el relato de batallas, conspiraciones y traiciones varias –en el campo de ambos contendientes–, con el recurso a las crónicas muy medido, alcanzan cotas de concisión, sobriedad y belleza sorprendentes. Y, como era de esperar, asoma también la oreja la explicación histórica sobre la anunciada derrota de la voluntariosa expedición militar de los nómadas, frente a los ejércitos califales y sus bien pertrechadas tropas mercenarias:

“Yo, la verdad sea dicha, no veo que cercar El Cairo sea útil para zanjar la guerra en favor nuestro –contestó Ali Ben Yâuhar, como si tuviera preparada de

²⁰ *El loco del poder*, pp. 109-110 (texto árabe, p. 108).

antemano la respuesta-, pues Al-Hâkim está bien protegido por sus siervos leales y no siente el más mínimo temor de que lo destronen los nativos, a quienes considera gentes débiles. Sus despensas y alacenas guardan manjares y mantenimientos bastantes para varios años. Entonces, si plantamos cerco a la ciudad y lo prolongamos, nos acecha un peligro que viene de las Sirias, representado por la llegada de numerosas huestes de turcos, beduinos rudos, mercenarios bizantinos y todo tipo de paniaguados codiciosos de los regalos y presentes de Al-Hâkim. Todas las noticias que me han hecho llegar los aliados que se han juntado a nosotros, coinciden en ser cierto lo que digo. Aún más, el ejército fatimí que hemos derrotado y puesto en fuga en las provincias del Alto Egipto, ha comenzado a reorganizar y reagrupar sus fuerzas en el desierto de El Fayum bajo el mando de un hombre famoso por su maña y astucia, Al-Fadl Ben Sâleh²¹.

Recuperado el marco narrativo anterior en la Cuarta Parte, *De los signos de la destrucción y la lluvia* (Min âyât al-naqd wa-l-gayt), nos enfrentamos a los últimos meses de la vida del déspota, desenlace anunciado ya de forma lapidaria en otros lugares de la novela. Repartida entre dos capítulos, en las páginas del primero, "Entre el donaire y la venganza: Arde Fustat" (Bayna l-nukta wa-l-intiqâm: Mişr tahtariq), asistimos al desarrollo de una peculiar rebelión ciudadana contra el califa, instigada quizá por la conciencia popular de que las estructuras de poder de Al-Hâkim están ya carcomidas por dentro: "En esos meses, el volcán de su grey le lanzaba un torrente arrasador de billetes y esquelas con injurias y ultrajes hacia su linaje, sus títulos de nobleza y sus actos"²². En un estilo muy cairota, esos escritos burlones son breves esquelas en forma de aleluyas que rezuman sorna o panfletos prolijos que impugnan el árbol genealógico de la dinastía fatimí y refutan su perversa doctrina. Nada puede la más feroz represión contra esta manera de resistencia que alcanza casi las dimensiones de una revolución, hasta el punto de que el monarca, encolerizado, ordena la ejecución, por incompetencia, de su nuevo jefe de las dos guardias, el caíd Perla: "Los ciudadanos de Fustat y El Cairo habían llamado a esta resistencia contra el despotismo de Al-Hâkim la resistencia burlona, y a su rebeldía, la revolución de las esquelas. Ambos nombres daban plena validez a los pactos y alianzas y, para grandes y pequeños, expresaban el deseo de hacer frente común por su liberación"²³. Ante la magnitud de esta rebelión, el califa concibe la venganza neroniana de incendiar Fustat, el viejo enclave romano, copto y de la primera invasión árabe, situado extramuros y al suroeste de la ciudadela fatimí, donde se hacina la población civil. Pero, antes de ordenar la quema, hace venir a su cronista oficial Mujtar Al-Misbahi a un pedregal "inundado de hierbajos y chumberas", cercano a su mansión privada de las colinas de Muqattam, farallón de roca caliza que domina la ciudad por el nordeste. El novelista aprovecha la larga conversación que ambos mantienen para ir desgranando las más completas y agudas reflexiones de todo el relato sobre la historia y la ficción. La solicitud obsequiosa del cronista por justificar, frente a la reticencia de Al-Hâkim, el asesinato del rebelde Abu Racua, se desliza de inmediato

²¹ *El loco del poder*, p. 182 (texto árabe, p. 179).

²² *El loco del poder*, p. 205 (texto árabe, p. 203).

²³ *El loco del poder*, p. 208 (texto árabe, p. 205).

hacia la idea de la manipulación de la historia por quienes de ordinario la escriben, los vencedores, la clase dominante:

“—¿Puedo insertar en mi Historia, señor, en el capítulo de Abu Racua, unos versos que le atribuyo y en los que solicita tu perdón e indulgencia, pero que, en realidad, he pedido que componga tu poeta Muhammad Ben Ásem?

—Recita unos pocos, para ver cómo son.

—Es una larga casida, pero escogeré una estrofa breve y expresiva:

“Hui sin provecho alguno, pues nadie en la tierra / puede escapar de quien tiene a Dios consigo.

No era un refugio la huida, Dios mío, / sino trago amargo de temor a mi sino”.

(...)

(...)

—¡Que Dios te asista, Mujtar -cortó iracundo Al-Hákim-, y libre a los muertos vencidos de las quimeras y embustes de los poetas!

—Pero señor, este texto elaborado por la imaginación y la poesía se transformará paulatinamente en un documento auténtico, y tantas copias se harán de él que los cronistas acabarán aceptándolo para siempre. Yo lo considero inestimable y precioso, pues embellece la narración, como hacen todos los relatos y documentos que empiezan como fantasía y se convierten en historia²⁴.

Tras un largo y enjundioso debate entre el califa y su cronista, desarrollado en párrafos verdaderamente brillantes, sobre el oficio del historiador oficial y sus limitaciones, sobre su incapacidad -denunciada por el monarca- para registrar las zonas de sombra, las contradicciones, los perfiles de neta individualidad de un personaje como Al-Hákim, se vuelve a la cuestión crucial: ¿a partir de qué clase de materiales se escribe la historia que permanecerá codificada en los tratados y manuales?:

—Pero esta grey, Mujtar, es hoy distinta de la que he conocido y querido. Ha comenzado a abusar cada vez más de mi confianza, arrojándome a la cara censuras y calumnias, atormentándome con su memoria. ¿No has visto cómo se multiplican y difunden sus esquelas, cómo ensucian con sus quejas y peticiones las paredes y puertas de la ciudad? Esperaba de mis súbditos cualquier modo de aversión, menos este aborrecimiento de las burlas y chanzas.

—La Historia, señor, no se escribe con esquelas y peticiones de la chusma, ni se asienta sobre su charlatanería y actos nimios. Historia es lo que yo escribo y tú me dictas como orientación y guía espiritual de quien has nombrado sucesor tuyo en la tierra, para regir el Universo.

—Las esquelas se mofan de tu historia, Mujtar, se vengan de mí y de ti. Estos billetes escriben otra Historia, donde sólo se cita mi nombre en sátiras abominables (...).

(...)

—Las palabras del populacho, señor, retornan al populacho, las esquelas de viciosos y ramerías se las lleva el aire y al poco tiempo caen en el olvido. Eso es lo que nos enseña la Historia, enérgica maestra y guía inmejorable²⁵.

²⁴ *El loco del poder*, p. 218 (texto árabe, pp. 214-215).

²⁵ *El loco del poder*, pp. 222-223 (texto árabe, pp. 218-219).

El califa, olvidando su anterior crítica a la historia aúlica, fiel a los códigos del poder, muestra su cólera y desolación ante la actitud del pueblo, con la intención quizá subliminal de animar al cronista a que prepare la oportuna justificación para el desafortunado castigo del incendio y saqueo de Fustat. Ocasión que Mujtar Al-Mísbahi, aliviado, coge al vuelo y sin vacilar ni un segundo: **“Prende tus hogueras, señor, que yo estaré a tu lado con mis cálamos para justificar el suceso y reseñar sus pormenores, en justa proporción a la dignidad del acontecimiento”**²⁶.

El novelista, por otra parte, en el ejercicio narrativo de lo que él mismo definía como *contemporaneidad atemporal*, nos sugiere a lo largo de las páginas del libro, con fina ironía, la persistencia de este modelo de relación entre tirano y súbditos en buena parte del mundo árabe actual, ya sea en el Egipto republicano o en el Marruecos monárquico. Esta idea, que no es más que una de las líneas conductoras de la ficción, la repite el autor en algunos de sus escritos de crítica política y social, en los que reflexiona sobre el fracaso -por razones internas y externas conocidas, pero sobre cuyo análisis convendría insistir y profundizar- de las experiencias y políticas progresistas llevadas a cabo por algunos gobiernos árabes o defendidas por las fuerzas de izquierda en la oposición en determinados países, Marruecos entre ellos, durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Porque Sálem Himmich, miembro activo del Partido Socialista marroquí (*al-Ittihâd al-Istirâkî / Unión Socialista de Fuerzas Populares, USFP*), no renuncia nunca, en medio de las agudas contradicciones que padece esta formación en su práctica política desde mediados de los noventa, a elevar su voz crítica en cuantas tribunas se le ofrecen sobre algunos de los más acuciantes problemas que su país tiene planteados en la actualidad, característica o circunstancia que me parece conveniente no escamotear a la hora de hablar de su producción literaria. Veamos, a modo de ejemplo relativamente reciente, alguna muestra de esta postura:

“La question est de savoir quelles sont les conditions à réunir pour que la modernité devienne un processus continu et une réalité positive vécue à l'échelle individuelle et collective:

1) Une *démakhzenisation* en douceur du pouvoir à même de le débarrasser progressivement de tout un arsenal médiéval de pratiques symboliques et administratives (...). *Démakhzenisation* veut dire clairement: en finir avec les anciennes conceptions de l'autorité dérivées d'une vision asservissante des sujets, ainsi qu'avec toute forme de servitude volontaire cynique et intéressée, et donc avec tout système de clientélisme, de népotisme et de fidélisation par les prébendes et les passe-droits (...).

2) Instauration entre l'État et ses partenaires un pacte de confiance fondé sur la démocratie, unique moyen de dissoudre définitivement le traditionnel noeud de méfiance du pouvoir à l'égard des forces de progrès. Car c'est ce noeud qui est à l'origine de la politique du tout sécuritaire, et donc de l'émergence de *l'homme fort*” comme figure omnipotente et foncièrement antidémocratique, n'ayant à opposer à l'État de droit qu'un système de débauchage, de corruption et de concussion (...).

²⁶ *El loco del poder*, p. 224 (texto árabe, p. 220).

3) Revaloriser le rôle des intellectuels. Dans la nouvelle situation politique au Maroc, les intellectuels ont le devoir de sortir de leur isolement et de leur torpeur. Ils devront penser et agir comme si la démocratie était d'ores et déjà une réalité palpable et un acquis irréversible, comme si la société civile les sollicitait et les soutenait...²⁷.

Teniendo en cuenta esta vocación evidente de agitación intelectual que profesa el autor marroquí, podría haber sucumbido a la tentación de construir novelas de tesis o narraciones en las que los planteamientos ideológicos concretos tuvieran un reflejo testimonial en la escritura. Lejos de semejante práctica, Himmich apuesta por una estructura compleja de *ficción histórica* que responde con bastante fidelidad a las teorías que más arriba defendía en torno al concepto de novela. En cualquier caso, *El loco del poder* es, quizá esencialmente, un arriesgado experimento literario dirigido a recuperar la lengua árabe clásica, sus registros y recursos estilísticos, sus tópicos y géneros codificados. Precisamente para descodificarlos y recrear todo su vigor expresivo, exprimiendo a fondo el jugo de su potencial vitalidad, es decir, abriendo el cerrojo de la tradición literaria medieval con las garras de la selección crítica, la ironía, la parodia implícita y ajustada²⁸.

El capítulo que completa la Cuarta Parte de la novela y cierra la obra, titulado "La Sultana Señora de Todos" (al-Sultâna Sitt al-Kull), es uno de los más representativos de esta "restauración" del lenguaje literario de la época áurea, mediante el procedimiento de acumular o dispersar sinónimos y homónimos de manera medida y controlada, interviniendo de tarde en tarde en la aparente tersura del idioma con vocablos y giros dialectales o coloquiales, con frases de factura radicalmente contemporánea, actual. La tensión producida por palabras que contienen en sí mismas cargas semánticas opuestas o simplemente diferentes, recurso utilizado a lo largo de la novela, llega a todo su esplendor en este último capítulo, donde aparece con fuerza sorprendente una figura que tan sólo había sido mencionada casi a hurtadillas en algunas páginas dispersas del relato: Sett Al-Mulk, la hermosa sultana objeto del oscuro deseo de su hermano, la Dama Soberana que, por indicación milagrosa de Fátima la Radiante, decide poner fin a la vida y hazañas del tirano. Virtuosa y prudente por decisión convencional de las crónicas y por voluntad del novelista, el sobrentendido sabiamente empleado permite a Himmich dibujar al mismo tiempo la figura de una mujer que, convencida de su misión histórica y tras el asesinato de Al-Hâkim, elimina de manera implacable y sin perder apenas la compostura a todos los cómplices del magnicidio, previamente encandilados por ella con promesas levemente insinuadas:

"Sett Al-Mulk no respondió ni una palabra, pero hizo gestos de acuerdo y asentimiento antes de dirigirse a toda prisa a su alcoba, seguida por las respetuosas y

²⁷ "Maroc: à l'épreuve de la modernité", *Jeune Afrique*, 2056, 6-12 junio 2000, p. 119.

²⁸ Véase mi Epílogo a *El loco del poder*, p. 275. Analicé algunos ejemplos concretos de esta "manipulación" literaria en una Ponencia que, con el mismo título de este artículo, presenté el 19 de octubre del 2000 en el Seminario *Arabismo español e hispanismo egipcio. Nuevas tendencias y generaciones (Visión del Otro)*, organizado por el Instituto Egipcio de Estudios Islámicos (Madrid, 18-21.10.2000) en colaboración con la Universidad Autónoma de Madrid, el Instituto Cervantes, la AECE y la Escuela de Traductores de Toledo (Universidad de Castilla - La Mancha).

leales afirmaciones de Nesim. Se arrojó de bruces en la cama, llorando ardientemente por el dolor de verse obligada a instigar tantas eliminaciones físicas, muy a pesar suyo, santo Dios, muy a pesar suyo”²⁹.

Esta ambigüedad esencial del personaje, conviene señalarlo, nos la anticipa honestamente el novelista en las citas introductorias, en aras de esa complementariedad contradictoria que busca siempre entre la crónica y la ficción: “*Sett Al-Mulk cuidó de los asuntos de Estado durante cuatro años, tras el asesinato de Al-Hâkim. El reino recobró con ella su anterior prosperidad, llenó de dinero las arcas del Tesoro y se arrogó los derechos de los hombres (...). Era sabia, muy razonable, buena administradora*”, informa Ibn al-Şâbi’. Pero añade Ibn al-Qalânisi: “*Sett Al-Mulk concertó con gran disimulo los diferentes propósitos sobre la muerte de Al-Hâkim, de modo que, consumado el hecho, no se dio a conocer su desaparición hasta la Fiesta del Sacrificio del año 411 (...)*”.

Construido el capítulo sobre una austera y eficaz escenografía de sexo velado y reprimido y sangre derramada -tópicos de “lo oriental” acentuados aquí conscientemente-, el uso de las palabras y frases de doble sentido al que aludíamos antes dibuja una especie de compás casi musical en muchos de los párrafos. Estas dobles lecturas, erótica con frecuencia una de ellas, que en la versión española aparecen inevitablemente implícitas o enmascaradas -servidumbres de la traducción-, en el texto original surgen claramente explícitas y simultáneas. Por ejemplo, para describir la buena estatura y esbeltez de la hermana del califa, Himmich elige las comparaciones “**cual rienda trenzada, cual vara de caña**” (*wa-ka-annahâ yâdl `inân, wa-ka-annahâ qaḍib jayzurân*). Elección nada inocente ni casual, si tenemos en cuenta que el vocablo *yâdl* significa “trenzar, retorcer” como infinitivo verbal, “miembro, tendón, hueso, pene” como sustantivo, y “duro, recio” como adjetivo; que el término *qaḍib* equivale a “vara, rama, bastón” y, más claramente, a “pene, verga”; que, por si acaso lo anterior fuere insuficientemente connotativo, la palabra *`inân* (“riendas, bridas”) pertenece a la misma raíz verbal que *`unna* (“cuerda”, pero también “impotencia viril”) y que *`anâna* (“nube”, pero también “impotencia viril”) ³⁰. Parece que el escritor nos sugiere, tal vez, la erección más o menos súbita, más o menos defectuosa, que el simple paso de tan hermosa dama provoca en los hombres de su entorno. Sin intención ni de lejos exhaustiva, un segundo y último ejemplo de esta maliciosa y divertida utilización del lenguaje: cuando Sett Al-Mulk trata de convencer a Husein Ben Dawás, “espadón del Estado y caudillo de la cabila de los Ketama”, para que asesine al califa, mediante meras insinuaciones y preguntas retóricas, la última de esas preguntas va dirigida claramente a buen entendedor: “**¿Hasta cuándo, Espada del Reino, tu arma reposará hundida en su funda, cubriéndose de orín?**”. Porque, cuando el aturdido Husein responde arrobado y entusiasta, la virtuosa dama insiste en reforzar su ambiguo mensaje: “**Ciertas son, Husein, tus palabras y tu visión, pues está cercano el tiempo en que la lluvia regará las grietas de nuestra tierra sedienta** (*inna li-l-gayṭ maw'idan wašikan yurwî `indahû furûy arḍinâ al-'aṣšâ*), (...). **Mas no hay modo de anticipar la cita y el desgarrón** (*wa-lâ sabîl li-l-ta'yîl bi-l-maw'id wa-l-inhitâk*)” ³¹. Si sabemos que *gayṭ* no es una lluvia cualquiera, sino “abundante y fertilizante”, que *furûy*,

²⁹ *El loco del poder*, p. 260 (texto árabe, pp. 254-255).

³⁰ *El loco del poder*, p. 238 (texto árabe, p. 234).

³¹ *El loco del poder*, pp. 246-247 (texto árabe, p. 242).

además de “grietas, hendiduras, rajas”, palabras de por sí expresivas, significa “vulvas”, que la también expresiva *inhitâk* (“desgarrón”) incluye las ideas de “violación, abuso, profanación, sacrilegio”, nos quedará en el cuerpo, como a Ben Dawás, la comezón de saber y no saber a qué atenernos.

Por último, si recordamos las declaraciones del autor hechas más arriba sobre la poesía como compañera de sus noches blancas o como soporte espiritual en la vida cotidiana, así como su dedicación a ella con cinco poemarios publicados, tendremos otra clave más de cierta importancia para el entendimiento cabal de esta novela. Sobre todo, si acudimos a una breve explicación de Himmich sobre el arranque original de su relato:

“(…) la novela *Maýnûn al-hukm* tiene su origen en un largo poema que presenté en el Festival de Poesía de Chefchauen del año 1982 (Mihraýân Šeřšáwen li-l-Ši’r), pero que no llegué a leer entero, pues me fui dando cuenta progresivamente de la limitación, de la incapacidad del poema para contener el terrible cuarto de siglo que duró el reinado del califa más asombroso y tiránico de la historia árabe medieval (...)”³².

Este largo poema -larguísimo diría yo, a juzgar por sus restos-, inviable literariamente al parecer del mismo poeta, se fragmenta en los años sucesivos y desde 1982 sus astillas se reparten y, a veces, se duplican en el *Libro de aforismos y heridas* (1986-1988, en sus dos ediciones árabes; 1992, en la versión francesa del autor), en *El loco del poder* (1990) y en *Versos habitados y otros poemas* (1997), con un sugerente vaivén de quince años, en términos de escritura y de publicación, entre poemarios y novela, entre verso y prosa. Imposible otro intento en el marco de este artículo, me limitaré a seguir las huellas externas de esta emigración o inmigración, según se mire.

Las variantes textuales entre los libros de poemas y la novela son generalmente escasas, ya se mantengan versificadas o se prosifiquen. Quizá convenga iniciar el rastreo por el *Libro de aforismos y heridas*, primera de las tres obras citadas que se publica, aunque citaré por la versión francesa (*Le livre des fièvres et des sagesses*), al no disponer en estos momentos de ninguna de las dos ediciones árabes anteriores (*Kitâb al-ýurh wa-l-hikma*). En una primera parte titulada “*Mes fièvres en éclats*” tenemos dos textos que se reflejan en *El loco del poder*. Un poema, “Si mes dires...”, que por su brevedad transcribo completo:

*Si mes dires contradisaient ceux de la nuit arabe et du destin,
je serais, tout au long de mes songes,
astreint aux démenes et à tant de mensonges;
je serais comme ce sage
surchargé de dictons et d’adages,
et qui écrivait en marge des souffrances et des ravages:
“quelle immense différence
entre la lettre et l’existence!
qu’il déchoie et qu’il meure, l’être
et qu’elle vive, la lettre”,*

³² “Taqâfat al-riwâya”, art. cit., p. 134.

queda resumido y prosificado en un epígrafe (“Detenerse si...”) del Preámbulo de la novela, como texto atribuido a Al-Hâkim: Si mi lenguaje fuera distinto del de la noche árabe y el destino, sería como ese sabio armado de proverbios que dijo: “¡Cuán grande es la diferencia entre la letra y el tiempo! ¡Que se desplome el tiempo y prevalezca la letra, más, más y más!”³³.

Otro poema más largo, “Par ton droit”, aparece en un pasaje que mezcla verso y prosa perteneciente al capítulo de la novela “Sentado en unguento de violetas”, donde escuchamos uno de los discursos más alucinados del califa, mientras trata de aliviar su mal de melancolía siguiendo los consejos de su médico:

**El sol no me alumbra, porque soy una caverna,
porque soy una caverna cubierta de hierba,
porque soy una caverna cubierta de hierba que se desploma,
una celda, porque soy una celda en ruinas,
el mapa de un tesoro oculto...**

El sol no me alumbra, pero en mi pecho veo un astro ardiente que busca su hembra, su pueblo natal y su rebaño.

(...)

(...)

Al final del pasaje, como formando parte de él y con un tono similar, se añade una decena de versos que podremos encontrar en *Versos habitados y otros poemas*, de los que citamos tan sólo los dos primeros:

**Yo soy el que trae consigo el Tiempo
y sólo interceden por mí las razones del azar y el linaje.**

(*Anâ allaqî atâ al-zamânu bî // lâ tašaffa`u li illâ asbâbu l-šudfati wa-l-nasabi*)³⁴.

Esta escritura en palimpsesto, donde se mezclan y rehacen textos de las tres obras, la habíamos tenido ya ante los ojos, realmente, en páginas anteriores de ese mismo capítulo donde se narra la larga “sentada” de Al-Hâkim en la jofaina del unguento de violetas. En unos párrafos de gran fuerza expresiva, donde sólo hay tres o cuatro líneas en verso, el sufrimiento y la desolación íntima del fatimí se describen a través de una prolongada metáfora sobre “la cabeza” y sus contradicciones, recogiendo sin apenas variaciones algunos poemas de *Versos habitados*:

—La cabeza, la infancia y su tragedia, el cisma de la cabeza y su historia: dos mapas que configuran la aflicción, el esfuerzo y la llegada en la caravana de la fatiga...

(*al-Ra'su l-tiflu wa-ma'sâtuhu // inšiqâqu l-ra'si wa-târîjuhu // Jarîtatâni li-ta'lifî l-mihnati // mihnati l-im`âni wa-l-ityâni fî rakbi l-mašaqqati*).

Cabeza desgraciada a la que ya no le bastan las palabras, cabeza febril que ha roto timón y remos, cabeza cuyo volumen es la medida del escalofrío y la desolación del ojo, que tiene por signo el desierto y los dolores enterrados en la arena, cabeza oculta por su

³³ *Le livre des fièvres et des sagesses* (citado en adelante *Fièvres*), p. 25; *El loco del poder*, pp. 19-20 (texto árabe, pp. 15-16).

³⁴ *Fièvres*, pp. 30-31; *El loco del poder*, pp. 79-80 (texto árabe, pp. 76-77); *Abyât sakantuhâ... wa-ujrà* (citado en adelante *Abyât*), p. 45.

propia sombra: sensaciones que Himmich va desgranando, en prosa o en verso, por boca de Al-Hâkim, el cual, a continuación, como en queja por su niftez desasistida, reclama un padre que le hubiera enseñado a prescindir de la mujer y los espejos (en una evidente referencia borgiana), a cabalgar y desaparecer, que le hubiera dejado en herencia el vasto desierto y la capacidad de sobrevivir en el silencio y la nada. Reclamación que tiene también su correlato, con variantes de mayor o menor entidad, en las prosas y poemas de *Fièvres* y *Abyât*:

Si fuera niño, reclamaría un padre que guardara en su pecho un rescoldo del paganismo árabe, un padre que me enseñara lo más conveniente sobre el conocimiento, el talento poético, el sentimiento: Cómo hacer arder las paredes, aunque sean de seda.

(Du temps où j'étais enfant, je croi avoir revendiqué pour ma spiritualité charnelle un père fou à même de m'enseigner comment brûler les murs fussent-ils en soie...).

(Law kuntu şabiyyan la-tâlabtu bi-abin fî şadrihi baqıyyatu yâhiliyyatin // bi-abin yu'allimunî bi-mâ ûtî min hıssin wa-`irfânin wa-şâ`iriyyatin // kayfa uhrıqu l-yudrâna wa-law kânat min harır).

El resumen existencial que parecen representar estas densas páginas de la novela, se remata con el dilema entre el retiro solitario o el ejercicio del poder:

No puedes sino vagar por las estepas y volver la espalda a las criaturas, o consagrar tu vida a la locura de gobernar a la gente.

(Tournant mon dos je m'isolerai. // Chacun se doit de riposter comme il pourrait. // A la déraison je consacrerai // Mon for intérieur et le reste de ma durée).

(Wa-anta mâ la-ka illâ an tahyima fî l-barârî // wa-tudîra li-l-jalq z?ahrak // aw an tukarrisa li-l-yunûni l-a`z?ami `umrak)³⁵.

En esta labor de raspar, copiar, reescribir en la tablilla de las tres obras, hay sin duda algunas diferencias en cuanto al origen de los textos, su planteamiento y su intención. En el *Libro de aforismos y heridas*, primero por orden de publicación (aunque estemos utilizando aquí la versión francesa del autor, de 1992, no olvidemos que la primera edición árabe es de 1986), compuesto de poemas, microrrelatos, prosas poéticas, aforismos y máximas, quien se expresa es el yo del poeta y sus máscaras, sus murrias y entusiasmos, sus obsesiones, sin que exista referencia alguna, ni siquiera oblicua o indirecta, a la figura del califa fatimí. No cabe descartar sin embargo, como decíamos antes, que en los casos concretos que estamos viendo Himmich haya utilizado, descontextualizándolos, fragmentos del largo poema de 1982 que, según él mismo nos decía, estaba en el origen de la novela de 1990. Parece avalar esta sospecha la semejanza, que acabamos de reseñar, de algunos textos del *Libro de aforismos y heridas* con otros de *El loco del poder* y, sobre todo, con algunas composiciones de *Versos habitados y otros poemas*, cuyos títulos sí se refieren expresamente a Al-Hâkim y a otros personajes centrales de la novela. Pero también hay otros textos que pasan directamente del primer poemario al relato, en un curioso ejercicio de aprovechamiento y reelaboración de materiales narrativos. En "*Tentations mystiques*", una de las partes en que se divide *Le livre des fièvres et des sagesses*, estructurada a modo de aparente cajón de sastre donde

³⁵ *El loco del poder*, pp. 73-74 (texto árabe, pp. 70-71); *Fièvres*, pp. 41-42; *Abyât*, pp. 46-50.

caben oraciones apócrifas o auténticas de al-Hallây o al-Niffarî, breves diálogos teatrales y cuentos aún más breves, nos encontramos con una expresiva descripción, por parte de un policía, del acoso y muerte a tiro limpio de un famoso delincuente que intentaba fugarse de la cárcel, titulada "Vient un flic":

--Allô chef... L'évadé de nos prisons a été finalement repéré et exécuté. Son vrai nom c'est Chayboub, suivi de "râs al hamm" qui veut dire en bon français: "tête funèbre". On l'a nommé, semble-t-il, tour à tour al-Hallâj, Zorba, El Gringo... Mais du point de vue de nos tireurs d'élite qui l'ont achevé, le surnom qui lui irait le mieux c'est Tarzan du désert... Il faut le voir se débattre tout seul au milieu de la grande cour déserte, embarrassé de son corps vilain et reptile qu'il ne put dissimuler à nos phares et projectiles! Il était si ramassé, si recroquevillé et soudé à un pavé, méditant quelque fuite éclair, lorsque nos lumières suivies aussitôt de nos rafales de mitrailleuses le surprisent au dépourvu et l'atteignirent lumineusement, transversalement, aux zones tant vitales que secondaires. Il fut alors comme saccagé, pillé et ne tarda pas à rendre l'âme. Un boeuf écorché gisant sur ses flagues de sang, voilà plutôt à quoi il ressemblait. Entre nous, chef, il faut avoir travaillé dans les abattoirs du monde pour pouvoir décrire fidèlement et en détails la débâcle de notre tarzan saharien.

Haciendo retroceder la acción desde el siglo XX a principios del siglo XI, Himmich utiliza este microrrelato para narrar el prendimiento del desafortunado esclavo Masud, en un capítulo de *El loco del poder* citado anteriormente. Las balas de las ametralladoras se transforman en jabalinas y dardos que parecen "centellas luminosas", metáfora que permite reproducir la sensación de luz blanca y cegadora surgida de los grandes focos que iluminan al fugitivo, al objetivo humano y móvil, ya sea en el patio de una prisión del sur de Marruecos o en uno de los vastos descampados de las afueras de El Cairo:

--Al esclavo llamado Masud le sorprendieron nuestros hombres en campo abierto, muy cerca de la ciudad. Había escapado de su amo y estaba tan desnudo como lo parió su madre. Yo había dado órdenes a nuestra tropa de cazadores de que, si lo encontraban, le arrojaran jabalinas y dardos hasta que se rindiera o cayera por tierra, ya cadáver. ¡Qué espantable visión la de aquel mísero esclavo en medio de la explanada, haciendo cuanto le permitían sus fuerzas para esquivar las lanzadas: saltar, revolcarse por el suelo, guarecerse en las chumberas o tras los peñascos! En uno de los momentos en que se ocultó para descansar, con su enorme cuerpo acurrucado y pegado al suelo mientras planeaba su próxima fuga diabólica, le llovieron de todas partes nuestras saetas cual centellas luminosas. Sorprendido así en sus reflexiones como si el mundo se le hubiera vuelto del revés, herido en zonas vitales y menos graves de arriba abajo y por los costados, habíase trocado su vida en botín de rebelde porfiado. Una vez que dejó de moverse, nuestros hombres se acercaron a él y quedaron pasmados, e incluso algunos llegaron casi a desmayarse, por el espectáculo que contemplaron: vieron que el esclavo, cubierto por entero de sangre como un toro degollado, no había exhalado aún el último suspiro, sino que, por el contrario, se esforzaba en arrancarse las flechas que le habían alcanzado mientras les insultaba, amenazaba y escupía en la cara a todo el que osara tocarlo³⁶.

³⁶ *Fièvres*, 91; *El loco del poder*, pp. 57-58 (texto árabe, pp. 54-55).

En el caso de *Versos habitados y otros poemas*, como ya he dicho, es evidente que en ellos están recogidos y, en cierta manera, organizados los restos del largo poema de 1982 que Himmich no ha querido nunca publicar en su versión original, en virtud de una decisión crítica posiblemente loable. Una de las partes del libro, "*Dialéctica de la tiranía y la destrucción*" ("*Mantiq al-tagyi wa-l-naqd*"), está íntegramente compuesta por cuatro poemas pertenecientes a la leyenda de Al-Hákim e introducida, como era previsible, por una cita apocalíptica del *Corán*³⁷. El primero luce el título de "Así habló Al-Hákim, que gobierna por Mandato propio" (*Hâkadâ takallama al-Hâkim bi-Amrihi*), en clara alusión a la famosa obra de Nietzsche (*Also sprach Zarathustra*), lo que anuncia por otra parte, desde el principio, el lenguaje vigoroso y de tono profético, imprecatorio y exaltado del poema. Hemos visto que muchos de sus versos estaban repartidos entre diversos párrafos del capítulo "Sentado en unguento de violetas", esas páginas de la novela en las que el califa da rienda suelta a sus cuitas y premoniciones, a oscuros recuerdos de infancia, es decir, de su pasado, a ideas compulsivas sobre un presente que adivina abocado a un futuro confuso y doloroso. Podemos hallar otras estrofas del poema en el capítulo que narra las sesiones "teológicas" de Al-Hákim con sus apóstoles, cuando uno de ellos, ante el arrobo de los demás, se lanza a la cita y glosa de las "divinas confidencias":

**Dentro de mí llevo el cinturón del viento,
canciones de amor para los altares de arena,
burbujas efímeras.**

(...)

(*Hizâmu l-rîhi fî dâjili, wa-agânî l-hawâ li-l-hayâkili l-ramliyya // wa-faqâqi`u bâliya*).

O bien se atreve a repetir los encendidos versos que ha escuchado de labios de su Señor:

**Se arracimó mi dolor
y me dirigí hacia Ti,
protector de mi sustento.
En espera de que enviaras un profeta
de voz grave y sonora,
de ojos color cemento,**

(...)

(*Ta`anqadat kurbatî // fa-ittaÿahtu ilayka yâ waliyya qûfî // wa-intaz?artu minka rasûlan `az?îma l-şayyit: // `aynâhu bi-lawni l-ismant*)³⁸.

Los dos últimos fragmentos de "Así habló Al-Hákim..." están recogidos en el penúltimo capítulo de la novela, donde se relata el incendio y saqueo de Fustat. El califa saborea por anticipado su venganza al atardecer del día señalado para la quema, desde su privilegiado observatorio en los altos del Muqattam:

**Esta noche, en las laderas de este alcor,
me embriagaré de una extraña y sublime borrachera,
ebrio de amor y deseco por mis fuegos adorados.**

³⁷ "Enviamos contra ellos la inundación, las langostas, los piojos, las ranas y la sangre, signos inteligibles" (*Corán*: 7, 133; trad. de J. Cortés, p. 232).

³⁸ *El loco del poder*, pp. 103-104 (texto árabe, pp. 102-103); *Abyât*, pp. 51-52.

(...)

(Fî hâđhi l-laylati bayna ađđâni hâđâ l-ŷabal: // sa-askaru sakratan `âliyatan gariba // uđhibbu bi-hâ wa-ahwâ nirâni l-habiba).

Y, una vez consumada la hazaña neroniana, suspira con alivio y alegría, sentado en la jofaina del ungüento fresco y perfumado:

Así cicatriza la herida

y no es más que un recuerdo la vileza.

**Con este espectáculo lleno de hogueras
ardientes y libres.**

(...)

(Hâkađâ yata'attâ tađŷiqu l-ŷurđi wa-đâkirati l-hawân // bi-đâka l-manz?ari l-muktaz?z?i bi-l-nirâni l-đaliqati l-muttaqida)³⁹.

El poema siguiente, “El Fatimí” (al-Fâtimî), lo encontraremos de nuevo incrustado en el relato de las sesiones doctrinales de Al-Hâkim, en el preciso momento en que el apóstol Nariz Rajada o “Asistente del Guía” se dispone a comentar las sutiles enseñanzas del Maestro:

Desde la Remota Ausencia y las claras del alba

vino nuestro Señor Al-Hâkim, heredero

del secreto y del árbol genealógico.

(...)

(Atânâ min aqşâ l-gaybati wa-l-gurra // Mawlânâ l-Fâtimî wârġu l-sirri wa-l-şayara)⁴⁰.

El tercer poema de la serie contiene las “confidencias ardientes” que se hace a sí misma Sett Al-Mulk, hermana de Al-Hâkim, en el último capítulo de la novela. Titulado “Monólogo de la Señora de Todos” (Min munâŷâti Sitt al-Kull), sus versos van desgranando las meditaciones de la ilustre dama en las largas noches de vigilia, las súplicas dirigidas al Imán Ali, compañero, primo y yerno de Mahoma, cuarto califa del Islam y santo patrón de todas las sectas chiíes, para que por mediación suya acabe de una vez el gobierno impío y tiránico de su hermano:

Partido de los mártires

en las crónicas del sufrimiento:

En la fosa del lodo

está el rostro del señor de las penas.

(...)

En el imperio de la tiranía

no quedaba, oh Ali,

no quedaba sino tu rostro,

antorcha del Edén, mapa de justicia.

(...)

³⁹ *El loco del poder*, pp. 231 y 234-235 (texto árabe, pp. 227 y 229); *Abyât*, pp. 53-54.

⁴⁰ *El loco del poder*, pp. 101-102 (texto árabe, p. 101); *Abyât*, p. 55.

(*Yâ šî`ata l-šuhadâ`i `abra tawârîji l-miḥan: // waḡhu sayyidi l-aḡzâni fî bu`rati l-wahal // (...) Lam yabqa yâ `Ali fî imbarâfûriyyati l-`udwân // lam yabqa li illâ waḡhuka šu`lata ḡannatin wa-jarîḡata `adlin*).

Enardecida por unos sueños en los que se le aparece Fátima la Radiante, hija de Mahoma y esposa de Ali, se arriesga a lanzar a la cara de su hermano el vaticinio de su destrucción:

**El pueblo de Egipto, del Magreb y las Sirias
llenará un día sin remedio las calles
y azoteas en la tierra de Dios,
legislará en nombre de la justicia y la unidad,
destruirá en nombre de Dios tus ídolos, señor.**

(*Ša`bu Mišra wa-l-Magribi wa-l-Šâmât // lâ budda yawman an yaḡtalla l-šawâri`a wa-l-suḡūḡa fî arḡ Allâḡ // wa-yušarri`a bi-smi l-`adli wa-l-tawḡid // wa-yuḡaḡḡim bi-smi-l-Lâḡ awḡânak, yâ mawlây*)⁴¹.

En el último poema, "Discurso del Rebelde en nombre de Dios" (Min kalâm al-Tâ`ir bi-smi-l-Lâḡ), Himmich cede la palabra al tercer protagonista de *El loco del poder*, el omeya Abu Racua que se alza en armas contra el poder de Al-Hâkim. Con sólo dos variantes meramente gramaticales, sin contenido semántico alguno, este poema de *Versos habitados* repite la hábil pieza oratoria, incluida en la Tercera Parte de la novela, que, a modo de alocución o sermón, Abu Racua dirige a los jeques y notables de las tribus antes enemigas, que ahora él ha conseguido hermanar y reunir. Tras cantar la alegría de la unidad, se reconoce que esa felicidad no puede ser plena, pues está ensombrecida por la opresión y la injusticia: a continuación se identifica al culpable, se da nombre a los verdugos. Todo eso es cierto, termina diciendo el venerable agitador, pero también lo es que, por fin, las fuerzas de la rebelión se han puesto en pie:

**Alabado sea Dios,
que provee a mi bienestar y llena mi odre.
Heme aquí, recién lavado y purificado,
tras remontar mi soledad cual llama flameante.**

(...)

**Hubiéramos querido llorar
embriagados de dicha en el aduar.
¡Mas cómo hacerlo, si es cierta en la carne la espina
y verdaderas son la pena y la herida!**

(...)

**Así estáis: entre la tierra yerma
y el hierro de los soldados,
pasando de la privación a la pobreza,
de la miseria sin fin a la tumba perpetua.**

(...)

**Cierto es lo cierto,
mas también lo que contáis de los cuerpos rebeldes:**

⁴¹ *El loco del poder*, pp. 242-243 (texto árabe, pp. 237-238); *Abyât*, pp. 56-58.

**ya os adelantaron por entre árboles errantes,
tapias y chumberas,
para entablar combate con la muerte
y buscar mañanas nuevas.**

(*Aḥmadu Allāha rāziqa na`matī wa-māli`a rakwatī // Hā innī qad igtasaltu wa-tatahhartu // wa-`alawtu fuma `alawtu fawqa waḥdatī wa-indala`tu // (...) Wadidnā law bakati l-`uyūnu gibṭatan wa-ntaṣati l-diyār... // Lākin kayfa wa-l-šawkatu fī l-laḥmi ṣaḥhat // wa-ṣaḥḥa l-ḡurḥu wa-ḏīqu l-hāl? // (...) Hunā antum: bayna ḡadbi l-arḏi wa-asliḥati l-ḡundi // tamurrūna min ḏayqin ilā ḏayqin // wa-min maddi l-`awazi ilā l-luḥdi. // (...) Ṣaḥḥa mā ṣaḥḥa, wa-lākin ṣaḥḥa ayḏan mā taḥkūnahu `ani l-aḡsāmi l-`anīda // qad barazat fikum bayna l-radmi wa-l-ṣubbāri wa-l-aṣṡārī l-šarīda // wa-rāḥat tuḡālibu l-mawta wa-tabḥaṭu `an ṣabāḥātīn ḡadīda*)⁴².

Espero no haber fatigado en exceso al hipotético lector con tanta cita entrecruzada, pero las he considerado necesarias para ilustrar en cierto modo las teorías de Sâlem Himmich sobre la “ficción histórica” y el valor de la novela como campo de experimentación abierto a la encrucijada de los géneros literarios. Hubiera sido también necesario profundizar en el análisis de los textos poéticos, estudiar los procedimientos mediante los que se engarzan con el texto narrativo, así como la elección de los contextos en que dicho engarce se produce, pero esto es otra historia, otra ficción, materiales para otro artículo o para un ensayo breve. Cuando me reincorpore a la docencia en el espléndido edificio racionalista diseñado en tiempos de la República, en la vieja Facultad de Filosofía y Letras, desde hace ya muchos años Facultad de Filología (Edificio A, *of course*), en sus aulas y pasillos, cubiles y covachas, donde tantas horas de su vida ha pasado dispensando su honesto y riguroso magisterio la profesora Rafaela Castrillo, muy justamente homenajeadada en este número de *Anaquel*, cuando me reincorpore -digo- a la docencia, me gustaría proponer a algún o alguna estudiante de la asignatura “Literatura Árabe Moderna y Contemporánea” la investigación sobre estos aspectos de la obra de este escritor árabe, marroquí, tan representativa de su época, de nuestra época, aunque en principio pudiera parecer lo contrario.

⁴² *El loco del poder*, pp. 126-128 (texto árabe, pp. 125-127); *Abyát*, pp. 59-62.